



EL OBISPO DE ALBACETE

ORDENACIÓN DE DIÁCONOS
HERMANO BERNARDO DE JESÚS POBRE
HERMANO CARLO DE LA DOLOROSA
DE LA FRATERNIDAD SANTA MARÍA DE LOS ÁNGELES

Homilía del Sr. Obispo, Mons. Ciriaco Benavente Mateos

Parroquia de Ntra. Sra. de la Asunción de Letur (Albacete)
Sábado, 23 de febrero de 2013

Queridos hermanos, presbíteros, diáconos y files cristianos de Letur:

Permitidme que salude, aunque sea con mi mal italiano a los familiares y amigos de los Hermanos, que han venido de Italia: “Queridos familiares y amigos de Carlo y Bernardo. ¡Bienvenidos a nuestra Iglesia de Albacete, que es hoy y siempre también vuestra Iglesia y vuestra casa. Os agradecemos el regalo que los Hermanos Carlo y Bernardo son para nuestra Iglesia. Ellos forman parte, desde hace tres años, de nuestra familia eclesial. Desde hoy lo serán con un vínculo más profundo: el de la ordenación diaconal que los incardina en esta Diócesis. Por eso, sentimos que desde hoy es también más profundo nuestro vínculo con vosotros, sus familiares y amigos. Nos felicitamos mutuamente. ¡Gracias por vuestra grata compañía!”.

Hemos comenzado leyendo los textos de la Palabra de Dios que vosotros mismos habéis elegido: Un texto del libro del Eclesiástico en que un judío culto, apasionado por la sabiduría y piadoso, que ha viajado mucho y que ha pasado por momentos difíciles, quiere ofrecer a las nuevas generaciones los frutos de su experiencia. Una experiencia a través de la cual Dios nos habla hoy: “Hijo, si te acercas a servir al Señor, prepárate para la prueba. Endereza tu corazón, mantente firme y no te angusties en tiempo de adversidad. Pégate a él y no te separes. En el fuego se prueba el oro, y los que agradan a Dios en el horno de la humillación”.

“¡Pégate a mí y no te separes!”, os dice hoy el Señor a vosotros, queridos Carlo y Bernardo. Es la mejor garantía de fidelidad. El salmo responsorial es un modelo de oración para horas difíciles. “Tú eres mi refugio, Señor”. “Él te cubrirá con sus plumas, bajo sus alas te refugiarás“. San Agustín comenta: “Somos polluelos, niñitos, nos alberga Dios a la sombra de sus alas..., Nadie diga: me cubra mientras soy párvulo, como si en algún tiempo pudiese llegar a tanta grandeza que se baste a sí mismo. Queramos estar siempre protegidos por Él, porque podremos ser siempre grandes en Él, si siempre permanecemos párvulos debajo de Él” (San Agustín .Enar. in Ps 62). Que el carisma de Francisco de Asís que queréis seguir –los hermanos menores- os ayude a vivir siempre, de verdad, la hondura de la infancia espiritual que vivió Francisco, albergados a la sombra de las alas del Señor.

En la segunda lectura hemos escuchado un texto de la primera carta de san Juan en que se nos da la más bella definición de Dios: “Quien no ama, no ha conocido a Dios, porque Dios es amor”. Y porque Dios es amor “nos amó primero, y nos envió a su Hijo como víctima de propiciación para nuestros pecados. Si Dios nos amó de esta manera, también nosotros debemos amarnos unos a otros”. Quien ha recibido el Espíritu, que es el amor personal del Padre y del Hijo que nos abrazan en su mismo amor, no puede sino amar. El amor será la señal más elocuente de que estamos en Él y Él en nosotros. El amor siempre se traduce en servicio, que eso significa la palabra diácono: servidor.

Venís con un largo y acreditado recorrido de entrega y servicio a la Iglesia en el carisma franciscano en vuestro país. El seguimiento de Jesús, a imitación de Francisco de Asís, os llevó hace años a hacer renunciaciones fuertes, a asumir un estilo de vida pobre. Lo hicisteis por la alegría de haber encontrado el tesoro del Reino de Dios. Lleváis ya tres años largos en nuestra Diócesis de Albacete, vinculados durante este tiempo a esta Parroquia de Letur y a sus aldeas, cuyos vecinos os acompañan hoy con alegría y gratitud. Habéis querido dar un paso más en vuestra entrega y disponibilidad para servir a la Iglesia solicitando el orden del diaconado. Os agradecemos vuestra generosidad. Pero mirad: lo más importante, en ésta como en toda celebración, no es lo que vosotros ofrecéis al Señor, sino lo que de Él recibís, lo que el Señor os regala con el don de su Santo Espíritu, que os configurará con Cristo siervo y servidor, para ser sacramentos de su presencia.

El Señor os dice con inmenso cariño: “No sois vosotros los que me habéis elegido, soy yo quien os he elegido y os he destinado para que vayáis y deis fruto”.

La Iglesia es memoria viviente de Jesús, continuidad y universalidad de su presencia y de su actividad. Todo cristiano participa de la misión de Jesús. No somos los obispos, los presbíteros y diáconos el signo exclusivo de Cristo. Somos signos intensivos y sacramentales, mediante un sacramento que nos capacita, sin dejar de ser miembros, para hacerle presente a Cristo en su alteridad respecto al cuerpo de la Iglesia en aquellas funciones que le son propias como Cabeza y Servidor de todo el cuerpo. Somos hermanos con los hermanos, pero también hermanos para los hermanos.

“El Señor con amor de hermano elige a hombres de este pueblo para que por la imposición de manos participen de su sagrada misión (prefacio misa ordenación)”. El Espíritu es quien os unge. Seréis, pues, signos de Jesucristo, signo para los otros, signo con los otros. En la ordenación quedareis marcados por dentro con los rasgos de Cristo siervo y servidor: “Yo estoy en medio de vosotros como el que sirve – ós ó diakonôn” (Mt 22, 27).

Ser sacramento de la presencia de Cristo servidor en la comunidad es la función admirable del diácono: Servir incansablemente. Servir la mesa de la Palabra, la mesa de la Eucaristía y la mesa de los pobres. El rasgo más característico de la espiritualidad específica del diácono es el servicio. No porque sea exclusivo suyo, que toda la Iglesia, a imagen de María, es sierva de Dios y está al servicio de la salvación integral del hombre. Pero el diácono tiene que ser como un icono vivo de Cristo servidor.

El servicio diaconal, desde los tiempos apostólicos, ha sido tenido siempre en gran honor en la Iglesia. Para San Ignacio de Antioquía no era concebible una Iglesia particular sin el obispo con sus

presbíteros y diáconos. En la Constitución sobre la Iglesia del Concilio Vaticano II leemos que “fortalecidos con la gracia del sacramento, en comunión con el Obispo y su presbiterio, están al servicio del Pueblo de Dios en el ministerio de la liturgia, de la palabra y de la caridad” (n.29).

Aunque los primeros diáconos que conocemos y de los que habla el libro de los Hechos fueron elegidos para el servicio caritativo y así facilitar la predicación a los Apóstoles, enseguida vemos que algunos de ellos, como Esteban y Felipe, ejercen, con elocuencia y sabiduría, la predicación. La evolución posterior del diaconado extendió definitivamente el ministerio diaconal a la liturgia, la predicación y, por supuesto, al ejercicio de la caridad para con los pobres y necesitados.

“Administrar solemnemente el bautismo, reservar y distribuir la Eucaristía, asistir en nombre de la Iglesia a la celebración del matrimonio y bendecirlo en nombre de la Iglesia llevar el viático a los moribundos, leer la Sagrada Escritura a los fieles, instruir y exhortar al pueblo, presidir el culto y la oración de los fieles, administrar sacramentales, presidir el rito de los funerales y entierros” (L.G.29). Son acciones que el Concilio Vaticano II asigna al diácono en virtud del ministerio recibido, a la vez que la asistencia al obispo y a los presbíteros en las celebraciones litúrgicas.

El Beato Juan Pablo II, de feliz memoria, definía la vocación como “don y misterio”. Con vosotros damos gracias a Dios porque os ha hecho partícipes de este don. “Te doy gracias, Padre, porque has escondido estas cosas a los sabios y entendidos y se las has revelado a la gente sencilla”. Vividlo ante todo como una gracia: Entonces se hacen yugo suave y carga ligera. Y cuando llegue la hora de la prueba no olvidéis la recomendación de la primera lectura: “Pégate a Él y no te separes”. Ponte “a la sombra de sus alas”.

Somos vasijas de barro, pobres vasijas de barro, que llevamos en nuestra voz, en nuestras manos y en nuestro débil corazón humano la riqueza y la fuerza de un don que nos desborda. Temblorosos, pero radiantes; pobres, pero inmensamente ricos; desarmados, pero inquebrantables: Así quiere el Señor que llevemos por el mundo el tesoro del Evangelio.

Sabéis tanto de la grandeza del don como de vuestra fragilidad. Lo vais a expresar postrándoos humildemente por tierra. El Señor os dice: “No temáis. Yo estoy con vosotros”. Os acompaña la oración de la Iglesia peregrina y la intercesión poderosa de la Iglesia triunfante, especialmente os acompaña la Santísima Virgen, la mejor compañía, la más consoladora ayuda. Os acompañará, sobre todo, con una presencia especial el Espíritu que ungió a Jesús al comenzar su vida pública y que le envió a anunciar la Buena Nueva a los pobres, la libertad a los cautivos, el año de gracia del Señor.

✠ Ciriaco Benavente
Obispo de Albacete